

La Guerra y la Paz

1905 - 1914

Por

Canis VENATICI

Armada de Chile



EN EL QUICIO de los dos siglos se producen trastornos en los puntos más apartados del globo, que, por un momento, llevan los problemas de la política, de la diplomacia y de la guerra a un plano totalmente mundial. Son los que podemos llamar genericamente conflictos periféricos, en el sentido de que se operan todos ellos muy lejos de Europa, aun cuando afecten directa o indirectamente a las potencias europeas, que no se desentienden ni pueden desentenderse del panorama universal. Entre estos conflictos periféricos podemos encuadrar claramente la guerra hispano-americana, la ruso-japonesa y, en tono de menor cuartía, la de los bóxers chinos y la de los bóers africanos.

Pero tras esta pasajera crisis de atención mundial, el interés de la Historia, a partir de 1905, vuelve a centrarse en Europa y vive un decenio netamente europeo. Se regresa a las tensiones rutinarias y a los problemas domésticos del Viejo Continente. La guerra que estalla en 1914 es, por la razón de sus tensiones y localización geográfica, una guerra europea, que no se hace mundial hasta 1917. La idea básica sigue siendo la del equilibrio continental, y se lucha por evitar la ruptura de ese equilibrio. A partir de 1905, pues, veremos nuevamen-

te planteado el problema de los Balcanes, la lucha entre germanos y eslavos por el espacio danubiano, el desbordamiento de los nacionalismos o el revanchismo francés frente a Alemania.

Pero nos equivocáramos si, atendiendo únicamente a los síntomas, creyéramos localizada la problemática internacional en el Viejo Continente. Los asuntos que ante todo se debaten, y que constituyen el pan nuestro de cada día de las conversaciones cancillerescas, son problemas europeos; pero la mundialización de la Historia operada progresivamente a partir de 1870, poco más o menos, es un proceso irreversible del cual ya no se puede prescindir; y por debajo de lo tradicional, de la tramoya de las combinaciones europeas late, más o menos ocultamente, una dinámica de alcances ecuménicos. La Historia no siempre puede escribirse a base de lo que nos cuentan los titulares de los diarios.

Esta historia de fachada nos habla del problema de Bosnia-Herzegovina, o de la Triple Entente formada por Francia, Gran Bretaña y Rusia, pero se callan, generalmente, los proyectos y las ambiciones mundiales, o por lo menos no se colocan sobre el tapete como cuestiones candentes, como no se trate de temas cercanos a Europa, como el ferrocarril de Bagdad, o la intervención

alemana en Agadir. Sin embargo, repetimos, hay realidades —las exportaciones alemanas a la India, los nuevos mercados conquistados por Japon, las bases que alemanes, americanos e ingleses establecen en el Pacifico— que actúan como elementos de fondo, y pueden tener un peso tan decisivo en la marcha de la política general como los acontecimientos de superficie. Sin descuidar el hecho de que ya existen dos potencias extraeuropeas —Estados Unidos y Japon— aparte los países autónomos de la Commonwealth británica, que ya no están dispuestos a permanecer al margen de las cuestiones internacionales.

Es éste un extremo que no podemos dejar de tener en cuenta al introducimos en el panorama europeo, donde se genera centralmente la situación que acabará desembocando en la conflagración de 1914-1918. Esta situación procede del concierto de la época bismarckiana, de una coyuntura de equilibrio que, en virtud de un proceso difícil de evitar por ninguna de las partes, va derivando a una coyuntura de desequilibrio. Situación muy peligrosa en una trama internacional que, por no reconocer más que los principios positivos de la "balance of powers", necesitaba aquel equilibrio como única fórmula capaz de garantizar la estabilidad del conjunto. Desequilibrada la balanza, la fuerza amenazada —concretamente, Alemania— se esforzara dramáticamente por aumentar su peso a toda costa. Respecto de la Primera Guerra Mundial, se ha repetido muchas veces el aforismo de que es "el miedo el que confiere una audacia inaudita al que se siente acorralado". El paso de las tensiones virtuales a la oposición sorda y de esta a la declarada fue un proceso que los sucesores de Bismarck no supieron evitar, pero cuyas bases haba contribuido a poner, aunque inconscientemente, el propio Canciller.

Si pretendemos comprender todo este proceso, hemos de partir de la teoría bismarckiana de la fuerza, que gobierno, desde 1870, las formas de la convivencia europea. Tenemos un primer estudio informe hasta la formulación de las primeras alianzas; luego, un sistema europeo ya formal —Liga de los Tres Emperadores, Triple Alianza, Tratado de Reaseguro— pero que no desborda aún la idea de un directorio único, desempeñado por los más fuertes y sin existencia de una oposición visible y reconocida. Todo cambió por los años noven-

ta, con la formación de un bloque antagónico (Entente franco-rusa), peligroso giro que, sin embargo, no representaba todavía una amenaza directa, puesto que la contraposición de fuerzas virtuales seguía manteniendo una forma dinámica de equilibrio.

Pero aquel equilibrio no ya de tensiones, sino de auténticas presiones con procesos de rearme y grandes maniobras militares, podía quedar roto en cualquier momento. Dos hechos contribuyeron a esta ruptura: de un lado, el giro político decidido por el kaiser Guillermo II a partir de 1890, al sustituir la tradicional política europea de Bismarck por una política de ambiciones mundiales; del otro, la salida de su espléndido aislamiento por parte de Gran Bretaña. Los dos hechos, desde luego, están íntimamente ligados entre sí. La formación del bloque franco-británico-ruso de 1905, con apoyo moral de Estados Unidos y de Japon, unido, por si fuera poco, a la progresiva defeción de Italia de la Triple Alianza, dejaron acorraladas a las potencias germanicas, mas concretamente aun, a Alemania, supuesta la escasa capacidad de los austriacos, atosigados por crecientes problemas internos.

La guerra iba a estallar, precisamente por aquello que ante todo había querido evitar Bismarck: "el cerco internacional contra Alemania". En realidad, se trataba de un caso más de esa típica constante histórica, finalmente intuida por Carl Schmitt, de la oposición entre el núcleo y los aliados, y que caracteriza toda la historia de Europa, desde el Renacimiento. El núcleo, la potencia más fuerte del mapa., tiende siempre a imponer un orden basado en su hegemonía, y se concita inevitablemente la enemistad de las otras potencias —los aliados— que se mancomunan contra aquélla, más por intereses comunes que por ideales comunes.

El núcleo alemán, en una época de imperialismo, de fuerte expansión económica y de proteccionismo a ultranza, fue víctima de su propio impulso interior — basta pensar en un Bismarck colonialista a la fuerza— y acabo al fin desbordando los moldes establecidos en un movimiento que no podía contenerse sin suicidar al mismo tiempo su propia prosperidad. No se trata sólo, entendámoslo, de móviles económicos, sino de todos los múltiples factores que entonces jugaban en el plano de prestigio y del ascendiente mundial; el influjo político, el potencial militar, la exhibición de fuerzas en

los cinco continentes y en los cinco océanos. La obligación de aparecer fuerte, que entonces primaba como norma inescapable para serlo de verdad, llevo, por impulsos difícilmente evitables, a una exhibición creciente del poder germano, que, por reacción no menos lógica, fue uniéndose contra aquél a todos los demás.

Fue un juego de reacciones mutuas —o de temores mutuos— en el que no siempre es fácil precisar quién lleva la iniciativa. La actitud declarada de Alemania fue siempre la de defensa o de ruptura de un cerco hostil; la de los futuros aliados, también de defensa frente a la amenaza o a la intrusión agresora. Sería pueril suponer que la Dostura de unos y otros fue puramente defensiva. Plehn declaró, en 1913, que el objetivo de Alemania era "recuperar nuestra libertad de participar en la política mundial", es decir, romper el cerco para participar de un derecho —"la intervención en el resto del mundo"— que las demás potencias le negaban. Pero la frase, muy típica del lenguaje alemán de la época, no lo dice todo. Parece claro que Alemania aspiraba, en tiempos de Guillermo II, a un directorio europeo y a un vasto imperio extracontinental.

No deseaba la guerra, pero soñaba, caso de estallar, con vencer a Inglaterra y apoderarse de la India y Canadá: la primera, para utilizar sus recursos y sus mercados; la segunda, como área de expansión demográfica. En cuanto a los aliados, no está menos claro que sus pruritos defensivos estaban determinados en gran parte por recelos ante la competencia económica germana; Francia e Inglaterra, concretamente, habían adquirido unos monopolios que en modo alguno estaban dispuestos a compartir.

Los motivos de fondo del choque, vistos sobre todo desde un plano mundial, eran, fundamentalmente, éstos: el elemento potencialmente más fuerte —Alemania— no disfrutaba, sin embargo, de una privilegiada situación en el mundo; los privilegios correspondían más bien a otros. El intento germano de obtener lo que, por la ley positivista de la balanza de poderes, creía corresponderle, provocó la maniobra del cerco, y una vez más, quedó constituida sobre el mapa de la geopolítica de Europa la dualidad del núcleo y los aliados.

A esta actitud alemana de desesperación o acodamiento con la que reaccionó con-

tra el cerco, puede añadirse todavía un ingrediente de precipitación que pudo ser decisivo. Alemania era, de momento, la más fuerte; podía aprovecharse de su potencia si atacaba —política, diplomática, militarmente, el procedimiento era lo de menos— cuanto antes; pasado el tiempo, otras potencias, y sobre todo los dos grandes monstruos que se iban dibujando sobre el panorama del futuro, Estados Unidos y el Imperio Ruso, acabarían ahogando, con la presión del poderío, todas sus posibilidades.

Aunque con su victoria de 1870 y su rápida industrialización se había conquistado Alemania un puesto preeminente entre las grandes potencias, a la larga se encontró en una situación precaria ante el naciente poder de Estados Unidos y Rusia; tenía conciencia de sus grandes potencialidades, pero también sabía que sólo disponía de un tiempo límite fijo para explotar su superioridad; y esto comunicó a la política alemana, desde el advenimiento de Guillermo en 1888 hasta los días de Hitler, un carácter explosivo que contribuyó en gran parte a determinar el curso actual de los acontecimientos. Se intuye la realidad de una Alemania europeísta, propugnadora consciente o inconsciente de un orden continental —bajo su tutela, por supuesto— capaz de mancomunar los intereses europeos frente al futuro ataque de la no Europa. Alemania personificaría así el sentido defensivo de Europa ante el desperezamiento del mundo; pero éste resultaba muy incómodo para los alemanes, puesto que su tutoría no iba a ser aceptada por las demás potencias del continente, y Alemania, en su lucha por consagrarla, no iba sino a precipitar la división interna y la ruina de Europa en dos guerras desastrosas.

De las Alianzas a las Tensiones

Hemos expuesto ya en un rápido esquema cómo se fue pasando del concierto a un sistema de alianzas directorial, de éste a dos grupos de alianzas contrapuestas, y de estas a una abierta tensión entre las familias de potencias, tensión que acabara desembocando en la guerra general de 1914. El proceso en sí aparece claro, pero es necesario examinar con cierto detalle como se produjeron los hechos, para determinar en la medida de lo posible su intercausación. Cuando se formalizaron las alianzas parciales —Triple Alianza, Entente Cordiale, Triple Entente— se dijo que la paz del mundo se-

guía estando tan garantizada como antes de la firma de aquellos acuerdos, ya que se trataba de alianzas defensivas que exigían, para operar, el ataque de la otra parte, y, supuesta la situación de equilibrio, no era probable que el ataque se produjera. Sin embargo, la situación se desequilibró por causa de dos factores a que también hemos aludido: el prácticamente inevitable expansionismo político-económico del Segundo Reich y el abandono por parte de los británicos de la política de aislamiento. Desde entonces se hizo posible y hasta previsible la ruptura.

Las líneas de expansión alemana siguen dos direcciones fundamentales: una hacia el Atlántico, que deriva en busca de mercados y de zonas de influencias allí donde todavía las otras potencias no han consagrado su presencia definitiva; no sólo amplía sus bases de Africa occidental, Togo y Camerún, sino que busca robustecer su posición en Marruecos —viaje de Guillermo II a Tánger en 1904—; oposición a las pretensiones francesas de convertir aquel país en protectorado y trata de incrementar sus inversiones en Iberoamérica, especialmente en aquellos países en que había puesto su atención la emigración alemana: sur de Brasil, zona del Plata y Chile.

Esta tendencia alemana hacia el surweste queda complementada por una tendencia similar hacia el sureste, es decir, una línea de fuerza que sigue la cuenca danubiana y, por Constantinopla, alcanza el Medio Oriente. Lo mismo que en el vector hacia el surweste, no se trata aquí de una tendencia declaradamente colonialista, sino de un intervencionismo económico, que lleva aparejado, cuando las circunstancias lo demandan, un intervencionismo político.

A la oposición austro-rusa en el sureste de Europa y a la oposición anglo-rusa en la cabecera oriental del Mediterráneo, sucede una tensión de fondo germano-rusa en el sureste de Europa, y una tensión germano-inglesa en el Cercano y Medio Oriente. La entrada de Alemania en este campo tradicional de presiones encontradas modificó substancialmente el cuadro de fuerzas y endureció las actitudes. Un conflicto austro-ruso por pruritos de influencia en los Balcanes, difícilmente hubiera podido degenerar en una guerra mundial, por cuanto los intereses de una y otra parte no resultaban excesivamente comprometedores para las demás potencias; la intervención de Alema-

nia —que conforme avanza el siglo tiende a sustituir a Austria, pero llega, por el camino del sureste, mucho más lejos— sí despertó recelos y actitudes de franca hostilidad.

Luego, la presencia de Alemania en Turquía, su ayuda decidida a Constantinopla, la construcción del ferrocarril de Bagdad y los intentos del kaiser de llevar la zona de influencia teutona por el golfo Pérsico, hasta el mismo espacio del Indico, suavizarían progresivamente la inquina anglo-rusa en aquel sector, para sustituirla por una tensión entre ingleses y alemanes quizá no más declarada en las formas, pero mucho más grave y profunda en el fondo.

Los dos focos de perturbaciones creados por el expansionismo alemán darían lugar a situaciones difíciles, a crisis internacionales, como las de 1905 o 1911. La guerra estallaría al fin en 1914, y por un conflicto planteado en la línea de fuerza sureste; no ciertamente por un incidente alemán o antialemán; fue un capítulo más de la lucha doméstica y fastidiosa de los Balcanes. Pero sería una puerilidad admitir que el gran conflicto europeo y después mundial vino provocado por el asesinato de Sarajevo. Aquel incidente no fue más que la chispa que puso en ignición cargas explosivas mucho más amplias y universales, acumuladas durante lustros en otras partes del mundo.

El Juego de las Alianzas

Hemos de partir, una vez más, de la coyuntura de 1870, para reconstruir ahora, de una forma esquemática y de conjunto, los principales pasos de la política internacional europea. Veremos así las líneas maestras que definen la lenta deriva del sistema del concierto a la realidad violenta de la guerra.

Desde 1870 se había consagrado como un hecho la hegemonía continental de Alemania, hegemonía no ganada en una guerra general, sino en un conjunto de guerras parciales —de los ducados, austroprusianas, francoprusiana— que habían puesto de manifiesto la potencialidad militar del II Reich, potencialidad respaldada por una fuerte demografía y una espléndida economía. En una época en que la mentalidad occidental exige, para reconocer algo, hechos, hechos palpables, el hecho alemán se imponía con la fuerza de lo evidente. Sin predicar un auténtico imperialismo europeo, que le hubiera convertido de inmediato en un núcleo

enfrentado a la jaura de los aliados, Alemana se arrojó sin oposición algo parecido a la presidencia de la mesa europea, y Bismarck fue, de hecho, el principal árbitro de la política continental. Su lema fue mantener la situación, lo que equivalía a mantener —renunciando a aspiraciones muchísimo más ambiciosas— la llamada virtual hegemonía alemana. Crear un clima de concierto, de orden europeo, cuya ruptura pareciera nefanda ante la conciencia general. Guardar la paz, y asegurarse de que Francia la guardara. Los vecinos de más allá del Rin eran, en efecto, los más interesados en quebrar aquel orden, por cuanto habían perdido en la última guerra, junto con el prestigio y cierta vara alta en la dirección de la política europea, trozos de un patrimonio territorial que ellos consideraban inalienable. Francia debía ser la máxima interesada en romper la situación; pero Francia, incapaz de enfrentarse por sí sola a la potencia germana, no podía actuar sino con aliados.

De esta reflexión de Bismarck nace toda la trama de la política europea de los últimos treinta años del siglo XIX. Lo importante era evitar que Francia encontrara aliados, y a este objetivo se supeditó todo lo demás. De aquí el lema bismarckiano.— "impedir la formación de alianzas en Europa, o, si por la fuerza de las cosas las alianzas se forman, que Alemania se integre en ellas, y, a ser posible, que las dirija".

La situación aliancista se produjo muy pronto, y fue el propio Bismarck el que se adelantó a los acontecimientos para patrocinarlos. A los tímidos ensayos de Francia para aproximarse a otra vencida, Austria, respondió el Canciller con su política de reconciliación entre Berlín y Viena, que no tardó en dar óptimos resultados, por causa del germanismo de Francisco José, y porque Bismarck ofrecía el respaldo político y diplomático de Alemania a la nueva vocación danubiana de Austria. Quedó así formado, casi sin que nadie se lo hubiera propuesto, el germen de una alianza continental. Ahora, el peligro de celos estaba en Rusia, que no podía consentir la expansión de los intereses de Viena hacia el espacio balcánico. Por eso el interés primordial de Bismarck consistió desde entonces en ganarse la benevolencia de San Petersburgo. La amistad no podía basarse en intereses económicos, ni siquiera en una decidida ayuda militar —aunque Bismarck ya se ha-

ba apresurado a ofrecerla cuando la insurrección de Polonia— sino, ante todo, en motivos de afinidad política. La triple entrevista de Berlín consagró la que ya entonces comenzó a llamarse Liga de los Emperadores. Era una especie de directorio europeo, de supremo Estado Mayor, basado en la altísima dignidad del rango imperial; era, también, en cierto modo, una especie de Santa Alianza de las monarquías fuertes y de los sistemas autoritarios frente al liberalismo económico y democrático de Europa occidental.

Alejandro II, para quien democracia y revolución eran palabras sinónimas, encontró en la Liga una especie de apoyo moral del exterior a su política de autocracia; ello fue, justamente, una de las razones primordiales que le movieron a mancomunarse con los otros dos imperios. En realidad, la Liga de los Tres Emperadores no era una alianza formal; sí una entente, en que las partes integrantes quedaban de acuerdo en consultarse mutuamente ante cualquier problema que pudiera alterar la situación. Pero la cordialidad no podía durar mucho tiempo, habida cuenta de los intereses encontrados de Rusia y de la Monarquía Dual. La guerra ruso-turca de 1878 representó la primera crisis. Bismarck se las arregló para reunir el Congreso de Berlín, que evitara el choque entre rusos y austríacos y diese a la obra de contención de los primeros el carácter de un consenso europeo.

Austria quedó satisfecha con el protectorado de Bosnia-Herzegovina, en tanto que a la desairada Rusia se trató de consolarla con algunas concesiones parciales. De todas formas, la crisis de 1878 dejó mal parada la Liga de los Tres Emperadores; se ve a dibujada ya la clara alianza de los imperios germanicos, con evidente distanciamiento de Rusia. Un año más tarde, 1879, se firmaba un acuerdo bilateral entre Berlín y Viena, con compromisos muchos más estrictos y efectivos que la sentimental y vaga entente de ambas capitales con San Petersburgo.

Desde entonces, las miras aliancistas del canciller se dirigían más bien a Italia. Aquel país, aislado casi, hasta entonces, de la política internacional, buscaba vinculaciones que apoyasen su política exterior. Italia debía mucho a Alemania, gracias a la cual había podido anexionarse Venecia en 1866; pero sus relaciones con Austria —secularmente tirantes— seguían siendo críticas por

las reivindicaciones de la monarquía romana sobre Trieste y el Trentino. Bismarck no admitía más que una alianza triangular, es decir, que si Italia quería mancomunarse a Alemania, tendría que admitir a Austria en el mismo círculo de amistad. Era una molesta condición que los italianos, probablemente, no habrán aceptado sin la intervención de Francia en Túnez, en 1881. Aquella iniciativa de Ferry se había adelantado a la realización de uno de los más caros sueños de Italia; se esfumaba la posibilidad de un gran Imperio italiano en el norte de África.

La tensión italo-francesa condujo de la mano a la alianza italo-alemana, con la que el Gobierno de Roma creyó encontrar suficiente respaldo para futuras empresas o, en caso de una eventual guerra con Francia, para la ocupación de Túnez. Así se formalizó en 1882 la Triple Alianza.

Alemania, Austria e Italia se comprometan a defenderse mutuamente si una de las signatarias era atacada por dos o más potencias enemigas o, en todo caso, si la potencia atacante era Francia. El acuerdo de 1882 se firmó por un plazo de cinco años, prorrogables indefinidamente. En 1887, la alianza fue ratificada solemnemente, y su vigencia se mantuvo, por medio de prórrogas sucesivas, hasta los inicios de la Primera Guerra Mundial. Servia y Rumania no tardaron en entrar, mediante pactos accesorios, en el sistema de la Tríplíce.

Ya tenía Bismarck una estructura completa con que sustituir la resquebrajada Liga de los Tres Emperadores. Sin embargo, esta alcanzara también nueva e inesperada vida. En 1881 fue asesinado Alejandro II, y su sucesor el ultrareaccionario Alejandro III, no encontró otra forma de evitar el aislamiento diplomático de Rusia que renovar la amistad con los imperios centrales. Por eso no resultó difícil robustecer, a partir de 1881, la Liga de los Tres Emperadores. El canciller alemán podía sentirse satisfecho por aquellos años. Dos alianzas distintas existían en Europa, y Alemania era cabeza de ambas. Francia continuaba sin amigos y sin posibilidad de conseguirlos y Gran Bretaña continuaba disfrutando —con la complacencia y el aplauso de Bismarck— de su espléndido aislamiento y de su incomparada expansión colonial.

Pero una situación así no podía prolongarse indefinidamente. La gran expansión

económica del último veintenio del siglo iba a lanzar a todas las potencias —incluida Alemania— a una peligrosa competencia con Inglaterra por los mercados del mundo. Fue el proteccionismo económico también el que enfrió otra vez las relaciones germano-rusas. El gobierno alemán creó una elevada barrera arancelaria para evitar la invasión del trigo ucraniano, favoreciendo, en cambio, la producción propia. Tampoco los alemanes estaban dispuestos a proporcionar a Rusia los empréstitos que reclamaba para su industrialización; era preferible que aquel inmenso país continuara siendo indefinidamente cliente de la industria alemana. Los rusos comprendieron que Alemania no era un aliado sincero, y a las corrientes germanistas de la época de Alejandro II siguieron las tendencias contrarias del reinado de Alejandro III.

El nacionalismo ruso de Plehve y las campañas pan-eslavistas fueron otros tantos elementos de desgermanización, hasta el punto de que lo alemán llegó a ser mirado no ya con desconfianza, sino con inquina. A todo ello se unieron los motivos concretos de choque entre rusos y austriacos en los Balcanes, frecuentes desde 1885. En 1887, la Liga de los Tres Emperadores, de hecho, quedó rota.

Aquella incidencia coincidió con el movimiento de Boulanger en Francia, favorable, por su fervoroso antigermanismo, a cualquier alianza que por entonces pudiera imaginarse contra el Reich. Bismarck se alarmó, y, al margen de todas las medidas concretas que ya conocemos, trató de robustecer la situación internacional de Alemania. Tentó por entonces de llegar a un acuerdo formal con los británicos, que, de haberse unido al sistema de la Tríplíce, hubieran hecho inútil cualquier acercamiento franco-ruso; pero lord Salisbury, siempre cauto en todo lo que significara un compromiso formal con los alemanes, rehuyó toda forma de acuerdo concreto. Entonces Bismarck no tuvo más remedio que tratar de nuevo con los rusos y firmar el Pacto de Reaseguro, prorrogable cada tres años, último y pobre vestigio de la en otro tiempo brillante Liga de los Tres Emperadores. El Pacto de Reaseguro no era otra cosa que un pacto de no-agresión, que ni siquiera exigía mutua amistad; era ya la única forma posible de coexistencia, ya que no de convivencia.

Mientras tanto, en 1888 culminaba el reinado de Guillermo I, y a los pocos meses

subía al trono imperial Guillermo II, aquel joven ambicioso y personalista que provocó dos años más tarde la caída del Canciller. Uno de los motivos de la desgracia de Bismarck fue justamente la diferencia de criterio con respecto a la alianza rusa. En 1890 caducaba el Pacto de Reaseguro; Bismarck, partidario siempre de una política realista, entendía la necesidad de renovarlo, por molesto y hasta humillante que fuese seguir pidiendo aquel favor a la Corte de San Petersburgo. Guillermo II, en cambio, veía comprometido en la solicitud el orgullo alemán. A su modo de ver, la alianza rusa era, por insincera, un lastre inútil y hasta perjudicial, que trababa la libertad de movimientos de la política alemana y que convenía arrojar rápidamente por la borda. El criterio del emperador se impuso. Bismarck presentó la dimisión y el Pacto de Reaseguro no fue renovado.

El advenimiento de Guillermo II, o, más exactamente, el inicio de su política personal en 1890 —asesorado de cancilleres no excesivamente brillantes, como Caprivi, Bülow o Bettmann-Hollweg, que permitían descollar por encima de sus cabezas la figura del kaiser— señala una nueva era en la historia de Alemania y del mundo entero. Guillermo II, partidario de una política más directa y dura que la de Bismarck, en la que entrara, como elemento de convicción o de amenaza, todo el peso de la enorme potencia germana, rompió lo poco que quedaba de amistad con Rusia, al tiempo que ponía las bases de la futura enemistad con Inglaterra. Efectivamente la clave de la política del nuevo emperador se basaba en la sustitución de las inquietudes europeas a lo Bismarck, por las inquietudes mundiales, como determinante de la actitud alemana.

Los intereses del Reich le llevaban a intervenir en los cinco continentes, considerándose asistido para ello de los mismos derechos con que, por ejemplo, intervenía Inglaterra. Con ello, la política alemana entraba como nuevo elemento en la corriente de mundialización de la Historia, pero contraía el peligro de chocar, a la corta o a la larga, con los ingleses. Es cierto que Gran Bretaña ya había perdido su exclusiva, y que tenía que ir haciéndose a la idea de ir compartiendo su expansión extracontinental con la de otras potencias; pero la ingenuidad alemana era mucho más grave que la francesa o la rusa: el imperialismo del

Reich estaba respaldado por una producción industrial que ya por entonces comenzaba a competir con ventaja con la británica, y que hasta intentaba penetrar en los mercados de la India. La capacidad de penetración de las abundantes, baratas y excelentes manufacturas alemanas podía hacer tambalearse a la fabulosa prosperidad del mundo británico como en mucho tiempo, al menos, no hubieran podido hacerlo otros competidores.

De aquí el recelo con que Salisbury —lo mismo que Balfour o Chamberlain— vieron el viraje de la política alemana con el advenimiento del gobierno personal de Guillermo II. El enfrentamiento germano-británico no se operó en un golpe repentino, y aun cabran eventuales soluciones de entente; pero su consagración como uno de los elementos de tensión del mundo, era ya sólo cuestión de tiempo.

Por otra parte, la política de Guillermo II sobre Rusia iba a precipitar los acontecimientos por aquella otra región. El gobierno de San Petersburgo estaba ya de antemano resentido por la falta de espíritu de colaboración en el campo económico mostrado siempre por los germanos. La industrialización rusa, que habría de venir financiada, lógicamente, desde Berlín, se había abocado a un callejón sin salida por falta de capitales. Ni Bismarck, en los momentos de mayor cordialidad hacia sus vecinos del Este, había querido colaborar en la consecución de una autarquía industrial por parte de Rusia, como si Alemania pretendiera asegurarse perennemente aquella clientela.

Rotas las alianzas en 1890, el acercamiento de Alejandro III a los franceses —a pesar de su repugnancia a las repúblicas y a las revoluciones— fue un hecho lógico e inevitable, sobre todo teniendo en cuenta que la Tercera República tentaba ya desde tiempo atrás aquella alianza. Los empréstitos que los rusos no pudieron encontrar en Berlín, los concedió París en mejores condiciones, ya en 1890. En 1891 se inició una entente diplomática, seguida de visitas de cortesía de las respectivas Escuadras; en 1893 se firmó ya el pacto formal, que ligaba a las dos potencias si una de ellas era atacada simultáneamente por dos o más países enemigos, o bien, en todo caso, si el agresor era Alemania. Es decir, que el mecanismo del pacto era similar al establecido diez años antes por la Triple Alianza.

Así pues, desde los años inmediatamente posteriores a 1890, la paz bismarckiana, basada en el concierto o en el directorio de una alianza única, fue sustituida por un sistema de equilibrio dinámico, el que sostenían las fuerzas contrapuestas de la Dúplice y Tríptica. Las Cancilleras pretendieron tranquilizar al mundo alegando que ambas ententes eran exclusivamente defensivas, y, por lo tanto, ninguna de ellas podía atacar contra la otra. Es más, llegó a afirmarse que el equilibrio dinámico garantizaba la paz tanto mejor que el equilibrio estático; lo necesario era, por supuesto, que aquella situación de equilibrio se mantuviese indefinidamente, sin que ningún elemento externo o impulso interno viniese a alterarla.

Entretanto Gran Bretaña, según hemos visto, se mantenía reacia a salir de su "splendid isolation", si bien sus diplomáticos comenzaban a meditar sobre la necesidad de un cambio de política, desde el momento en que las Islas habían perdido la exclusividad en el movimiento de expansión colonialista. Varias veces, en la última década del siglo, se vio a los británicos más o menos dispuestos a una colaboración con la Triple, aun sin el menor deseo de comprometerse en los problemas continentales. La actitud era lógica, si tenemos en cuenta que, por aquel entonces, las potencias podían hacer sombra a las aspiraciones inglesas en Asia y África, muy especialmente Rusia y Francia. Las pretensiones rusas en Extremo Oriente a partir de 1895, y el incidente de Fachoda, producido tres años más tarde, endurecieron la actitud de Londres frente a los signatarios de la Dúplice. Un síntoma de las exploraciones de acercamiento a Alemania fue la cesión de la base de Heligoland —que tres lustros más tarde utilizaran los submarinos alemanes para organizar su acción contra los buques ingleses— o la conferencia en que los británicos y alemanes se pusieron de acuerdo para resolver, por la vía amistosa, todas las diferencias que pudieran plantearse en el terreno africano.

Sin embargo, las tentativas de acercamiento entre Berlín y Londres no llegaron a cuajar nunca en Tratados operativos. Ni el Káiser estaba dispuesto a que Gran Bretaña utilizara gratuitamente al Ejército continental alemán —y así lo dio a entender en cierta ocasión— ni los ingleses podían ver con buenos ojos el expansionismo germano, y menos aún su nuevo programa naval.

Aquel programa quedó configurado en el discurso que Guillermo II pronunció en Colonia en 1897, y en el que aseguraba que "el porvenir de Alemania está en el mar". Ya en 1898, el ministro de Marina del Reich, almirante von Tirpitz, establecía un plan de construcción de veinte acorazados y treinta y tres cruceros, cifras que se vieron desbordadas por un plan todavía más amplio y ambicioso, formulado en 1900.

Un abismo creciente se abría entre el Imperio alemán y el británico. De una posible alianza se iba pasando a la tensión más clara y más razonable de todo el mapa geopolítico. Tanto fue así, que por un momento, hacia 1900, aquella tensión llegó a obscurecer la existente entre la Dúplice y la Tríptica, y se habló repetidamente de una alianza germano-franco-rusa para obligar a los ingleses a renunciar a su imperialismo colonial. Francia estaba resentida desde el molestísimo incidente de Fachoda; Rusia veía en Inglaterra la principal oponente de su política oriental y Alemania pretendía hacer renunciar a Gran Bretaña a su exclusividad en el dominio de los mares. La indignación producida por las violencias inglesas en la guerra de los bóers fue un tanto moral en favor de aquella alianza continental antibritánica, para que los alemanes, con el consenso de San Petersburgo, iniciaran las gestiones exploratorias; pero una de las condiciones impuestas por Berlín, el mantenimiento de la vigente integridad territorial en Europa, fue rechazada de plano por la diplomacia francesa: equivalía a reconocer el despojo de Alsacia y Lorena.

El magno pacto continental quedó, por tanto, reducido a simple y lejano proyecto, nunca cumplido. Pero fue la lección que aconsejó a Gran Bretaña a abandonar cuanto antes su aislamiento. La diplomacia de Londres se movió desde entonces con nerviosa presteza, buscando un aliado dondequiera que pudiera aparecer, sin lesionar, por supuesto, los intereses británicos.

¿No podía ser la propia Alemania?

Tal vez aún era tiempo de convencer al káiser de la viabilidad de un complemento de fuerzas —la germana continental; la británica marítima— que convirtiese al "eje Londres-Berlín" en director indiscutido de la política mundial. Aquel camino fue tentado en 1901, cuando el káiser acudió a los funerales de la reina Victoria. Fue la última, y ya difícil ocasión de entendimiento. Alemania no cerraba las puertas a un acuerdo,

pero lo exigía sobre la base de una adhesión pura y simple de Inglaterra a la Triple —que con ella se transformaría en Cuádruple— en tanto que los británicos sólo concebían una alianza bilateral libre de compromisos. El acuerdo germano-británico fracasó de una vez para siempre.

Desde aquel momento, la diplomacia londinense comenzó a mostrar una creciente suavización hacia Francia, e incluso —por duro que fuese— hacia Rusia. No era posible de momento un arreglo, pero podían prepararse las vías al caso. Lo que sí resultó fácil para los ingleses fue llegar a un acuerdo de tipo defensivo con Japón; era todavía un modesto resultado, y no suponía en modo alguno el fin del aislamiento, pero representaba cuando menos un paso en el camino de las alianzas. Aquel pacto no iba a representar una mayor facilidad de acercamiento a Rusia —era, justamente, el medio de no estar solos frente a Rusia en Extremo Oriente— pero no obstaculizaría el acercamiento a Francia. La tendencia pro-francesa se dibujó con claridad a los pocos meses después de haber subido al trono Eduardo VII, en 1901, y se correspondía con un movimiento similar por parte de los franceses.

Las palabras fuertes de Fachoda se fueron olvidando, o por causa de los intereses comunes antialemanes se las archivó cuidadosamente. La mutua corriente de aproximación, entre 1901 y 1904, cuajó al fin de este año, con la formalización de la Entente Cordiale. No fue, como ya hemos visto, un pacto excesivamente concreto, pero ya las circunstancias se encargarían de reforzarlo convenientemente. Su artificiosidad (por cuanto Rusia, aliada de Francia, estaba en guerra con Japón, aliado de Inglaterra) quedó paliada con la "paz de Portsmouth". El que Rusia, de pronto dejara de ser una potencia naval, y se viera obligada a recoger velas en sus proyectos sobre Oriente, facilitó enormemente las cosas. Desde 1907 se vio ya un claro entendimiento entre Londres y San Petersburgo. Fue así como se fue pasando, casi sin saberse cómo, de la diversidad entre la Dúplice y la Entente Cordiale a un solo concepto práctico: la Triple Entente.

El cerco hostil contra Alemania estaba consumado. Berlín supo verlo a tiempo, pero no supo evitarlo. Ya en 1905 se mostró favorable a Rusia en su conflicto con Japón, y sus buques suministraron el carbón

necesario a los rusos, para que éstos pudieran llegar al sacrificio inútil de Tsushima. La derrota condenó a la esterilidad todos los gestos de benevolencia del kaiser hacia el zar. Toda la política alemana, entre 1905 y 1914, no es otra cosa que un inútil forcejeo por romper las Ententes o, vista la imposibilidad de tal propósito, por granjearse nuevos aliados. El complejo de acorralamiento, latente en la literatura política alemana de la época —y aun en el mismo lenguaje oficial alemán— era uno de los síntomas más claros de que aquella situación no podía desembocar más que en la guerra.

La Tension hacia el Sureste El Problema de Marruecos

El imperio jerifiano de Marruecos era un islote de soberanía autóctona en un continente sometido ya casi por completo a la dominación de las grandes potencias europeas. Pero Marruecos era un país desorganizado, en el que la autoridad del sultán estaba continuamente en entredicho y sobre el que Francia tenía aspiraciones muy concretas. Ciertamente que en la Conferencia de Madrid (1880) se había garantizado la neutralización del sultanato, pero con derecho de las potencias a negociar libremente, a colaborar con el desarrollo del país y a proteger a sus compatriotas, si éstos se veían amenazados por la guerra o por el desorden. Eran puntos de partida magníficos para justificar más adelante cualquier intervención.

Francia, fiel a la política africana que preconizaba el mariscal Lyautey, tenía puestas de antiguo sus miradas sobre Marruecos, y fue preparando cuidadosamente la ocasión. En 1900 reconoció los derechos que Italia alegaba sobre Libia y Cirenaica, a cambio del consenso de Roma hacia su política marroquí; doble triunfo diplomático, porque al tiempo que callaba la boca de una de las presuntas potencias protestativas, la separaba virtualmente del ámbito de la Triple Alianza. Ciertamente que Italia no desertó, hasta los tiempos de la Primera Guerra Mundial, de su vinculación teórica con los imperios centrales, pero fue una vinculación de nombre, inoperante, que no le impidió, según comentario del canciller alemán von Bülow, "bailar el vals" con las potencias de la Triple Entente.

En 1902 llegó Francia a un acuerdo con España para el reparto de Marruecos; el ñor-

te del país, incluyendo Tánger y Fez, sería para los españoles, y el sur, con Rabat y Casablanca, para los franceses, acuerdo que nunca se cumplió, pero que ganaba a España como colaboradora de la empresa marroquí y acallaba sus posibles protestas. Las miras de Francia no iban, con ello, sólo encaminadas a halagar a los españoles, sino más bien a tranquilizar a Inglaterra. En efecto, había sido siempre un punto de vista británico la necesidad de conceder a España la esquina norte de Marruecos, en el caso de que el resto cayese en poder de los franceses, no en beneficio de España misma, entiéndase, sino como medio de evitar que una gran potencia fuera dueña de la orilla sur del estrecho de Gibraltar. Y si lograba obtenerse la neutralización de Tánger, tanto mejor.

En estas condiciones, Francia podía ya tantear el permiso de Gran Bretaña para que la dejase con las manos libres en Marruecos. El tema fue objeto de conversaciones aprovechando el viaje de Eduardo VII a París, en 1903, y cobró vigencia real a través del acuerdo anglo-francés de 8 de abril de 1904, primer capítulo en que venía a cristalizar la Entente Cordiale. A Francia se le reconocía el derecho a pacificar Marruecos, en tanto que los franceses cedían en un viejo pleito en el que ya no tenían nada que perder: "el reconocimiento de la presencia británica en Egipto". Así, cediendo en asuntos realmente ajenos a sus intereses, el hábil ministro francés Delcassé, consiguió ver la puerta abierta a todos los viejos sueños sobre Marruecos. No contó, sin embargo, con Alemania, y de ahí pudieron venirle todos los peligros. En marzo de 1905, el kaiser Guillermo II desembarcaba inesperadamente en Tánger, y pronunciaba un discurso que conmovería a la opinión pública mundial. El emperador alemán venía a criticar la precipitada política de algunas potencias en su empeño de transformar el sultanato de Marruecos y éste tenía el derecho de alcanzar los beneficios de la civilización, pero sin sacrificar para ello su soberanía ni sus tradiciones. La intervención europea no ha de tener el carácter de una intromisión política, ni ha de ser obra unilateral de determinada potencia. "Todas las potencias —recalcaba Guillermo II— han de disfrutar de idénticas condiciones en sus relaciones con Marruecos, respetando la soberanía del sultán y la independencia del país. Mi visita significa el reconocimiento de esa independencia".

Era un reto a Francia.

¿Cuáles eran, en realidad, las intenciones alemanas?

La propaganda aliada, ya antes y sobre todo a partir de la guerra mundial, difundió la tesis histórica de las ambiciones del Reich sobre Marruecos. Frente a esta tesis, el canciller von Bülow afirmó una y otra vez que la actitud alemana carecía de apetencias territoriales y no buscaba otro objetivo que un derecho de paridad en la intervención económica, es decir, la política de "puerta abierta" en Marruecos, bajo el mismo pie ya consagrado en la política mundial sobre China. Y hay, cuando menos, razones suficientes para suponer que esta política de libre concurrencia era suficiente para que, a la larga, el poderío industrial germano acabara imponiendo sus intereses en el territorio jerifiano. Lo importante era evitar que ese territorio se convirtiera en un coto cerrado en favor de los franceses. Ello no era obstáculo para que la política marroquí de Alemania formara parte de una mas amplia política atlántica, fundamentada sobre los nuevos y grandiosos programas navales, la ampliación de los territorios coloniales de Africa occidental y la lucha por los mercados sudamericanos. En ser justamente una parte de esta política atlántica, estribó la oposición británica cuando lo que esperaban el kaiser y von Bülow era precisamente todo lo contrario, que el poner sobre el tapete la cuestión de Marruecos iba a renovar los roces entre Francia e Inglaterra.

La diplomacia alemana escogió un buen momento: aquel en que Rusia comenzaba a flaquear en su lucha con Japon y ante la crisis revolucionaria. Fue entonces cuando se decidió el viaje de Guillermo a Tanger y el lanzamiento del guante a Francia, con el discurso del 31 de marzo.

¿Cómo iba a resolverse aquella planteada crisis?

Casi de inmediato a las palabras del kaiser, von Bülow solicitó la celebración de una reunión internacional para solucionar el problema de Marruecos. La maniobra alemana parecía que iba a provocar, sobre la base de la libre concurrencia, una repulsa general contra la actitud exclusivista de Francia. Y en esto se equivocó, sin tener en cuenta dos hechos: primero, que Francia se había comprado hábilmente la benevolencia de las otras potencias interesadas, y se-

gundo, que ya por entonces Alemania era mirada con recelo por todos los futuros aliados. La igualdad de derechos a comerciar con Marruecos significaba, de hecho, el triunfo de la competencia comercial alemana, de aquí que esta igualdad no fuese vista con las simpatías que en principio hubieran sido de esperar.

La solicitada conferencia se celebró al fin en Algeciras, en abril de 1906. Contra lo que los alemanes esperaban, Francia comó con una discreta ayuda de Inglaterra, que admitió, sobre todo, la idea de establecer en Marruecos dos zonas de influencia, francesa y española; de Italia, que esperaba un reconocimiento general de sus aspiraciones sobre Libia, y de España, a la que convenía la tesis del condominio o necesitaba, cuando menos, contrapesar la presencia de Francia en Marruecos con la suya propia en la zona norte.

Alemania consiguió el reconocimiento de la independencia de Marruecos y la soberanía del sultán, pero no logró que la empresa protectora de aquel reino fuese patrimonio de todas las potencias, ni que la policía se organizase sobre una fuerza internacional. Francia y España facilitarían las únicas tropas encargadas de aquella acción policiaca —para garantizar el orden y proteger al sultán— así como de la formación e instrucción de una fuerza indígena. En el fondo, se trataba de la reducción de Marruecos a una suave situación de protectorado. Por eso el "acta de Algeciras" pudo parecer favorable en la forma a la tesis alemana, pero lo fue, en el fondo, a los deseos franceses. La crisis había retrasado algo la directa intervención política, y había costado la dimisión a Delcassé, el ministro de la Entente con Inglaterra, del imperalismo africano y de la actitud revanchista frente a Alemania; pero Francia ya tenía el pie asentado sobre Marruecos, y nadie podría bajarla de una política de intervención progresiva en el sultanato.

La crisis de Tánger había también agudizado —contra lo que se esperaba— la tensión anglo-alemana. Excitaba los nervios de Inglaterra cualquier simple sospecha de que los alemanes proyectaban emplazar alguna base de operaciones en el Atlántico. La carrera de armamentos navales seguía. A los programas de construcción de acorazados formulados por von Tirpitz, respondieron los programas ingleses de Cawdor, todavía más ambicioso. Eduardo Vil declaró que por

cada acorazado que construyese Alemania, Inglaterra haría dos. Hubo, es cierto, varios intentos de frenar aquella loca carrera que gravaba brutalmente los presupuestos y enfrentaba a las dos potencias en una forma de competencia que no podía terminar más que en la guerra; pero resultaron vanos. Primero fueron los ingleses, recelosos por la celeridad lograda por la industria alemana, quienes propusieron una conferencia internacional para la limitación de armamentos y de las escuadras, idea bien acogida por las pequeñas potencias, pero rechazada por Alemania y Rusia.

Pronto habrían de invertirse las tomas; en 1909, el agresivo von Bülow fue reemplazado en la cancillería del Reich por el diplomático Bettmann-Hollweg, enemigo de la política naval —"el ejército garantiza la paz, la escuadra la compromete"— casi al mismo tiempo que el belicista almirante inglés, John Fisher of Kilvestone, era nombrado primer lord del Almirantazgo británico, que formuló inmediatamente un nuevo plan de construcción de superacorazados —los "dreadnoughts"— armados con piezas de los más gruesos calibres conocidos hasta la fecha. La idea de lord Fisher era de atacar en plena paz la base alemana de Kiel, al más puro estilo japonés, para destruir aquella espada de Damocles que era la flota de von Tirpitz. Alemania mantuvo sus programas defensivos, pero Bettmann-Hollweg trató de llegar a un acuerdo sobre la construcción de acorazados. Propuso la proporcionalidad en número que podía ser la de 2:3. La oferta fue rechazada, así como las siguientes, hasta que los alemanes llegaron a proponer la proporción de 5:8. Tampoco sobre esta base se llegó a un acuerdo, si bien es cierto que la fiebre constructiva pareció decrecer un tanto, y los ingleses se declararon dispuestos a llegar a un arreglo razonable; todo dependía, desde luego, de que lo razonable para una parte lo fuese también para la otra, que era lo más difícil de lograr. En 1912 fueron los ingleses los que propusieron una nueva situación de equilibrio mediante la misión de lord Haldane. Todo consistía en que Alemania admitiese la supremacía inglesa en el océano. Tampoco se llegó a un acuerdo.

Mientras tanto, se había llegado a un nuevo recrudescimiento en la cuestión de Marruecos. Después de la crisis de Tánger, 1905-1906, la estabilidad había durado muy poco tiempo. La verdad era que las cláusulas

las de Algeciras resultaban un tanto aleatorias, y podían ser interpretadas de muy diferentes maneras. En 1907, como resultado de los atentados de los marroquíes contra los europeos, especialmente contra los franceses, hubo ya una clara intervención armada de Francia, que culminó con el desembarco de Dar-el-Beida, (Casablanca). Los alemanes protestaron por lo que consideraban una violación del Acta de Algeciras, y desde entonces menudearon los incidentes. La deposición del sultán Abd-el Aziz por su hermano Muley Hafid, en 1908, acrecentó el estado de anarquía endémica del país, y precipitó los motivos de la intervención francesa. Ya en 1909 se reprodujeron los roces franco-alemanes con un célebre incidente del que fue protagonista el cónsul germano en Casablanca, que originó un pleito sometido al Tribunal Internacional de La Haya, recientemente creado. Simultáneamente, se celebraron conferencias bilaterales entre los dos países para llegar a un "modus vivendi" en el cada vez más espinoso asunto de Marruecos. Alemania hizo constar cada vez más que sus intereses en Marruecos eran puramente económicos, y concedió, a cambio del reconocimiento de aquella libertad económica, derechos políticos a Francia en su misión de pacificar el sultanato.

El acuerdo no se formalizó sobre bases suficientemente concretas, y tanto unos como otros tuvieron motivos para acusar a la Darte contraria de haber violado el pacto. Los alemanes establecieron compañías comerciales sobre todo en el sur de Marruecos, y ganaron la acción en este sentido a la iniciativa gala, en tanto que los franceses convertían cada vez más su intervención política en una verdadera intervención militar. Los desórdenes de 1911, culminados con la revuelta de Fez, dieron pie a una abierta política de ocupación. Los franceses desembarcaron de nuevo en la costa atlántica, y en mayo de aquel año entraron en Fez, ocupando de paso una buena parte de la zona asignada al protectorado de España. La protesta del Gobierno de Canalejas no se hizo esperar, y se materializó en junio con el desembarco de Fernández Silvestre en Larache y con la ocupación de Ardiá y Alcázarquivir. Más revuelo produjo la intervención alemana. Guillermo II envió el crucero "Panther" a Agadir con la misión oficial de "proteger los intereses alemanes en Marruecos".

Pareció que iba a estallar una guerra por el noroeste de Africa.

¿Qué había pasado?

La intervención militar francesa, que había confiado en dar al asunto marroquí el carpetazo propio de los hechos consumados, había levantado de pronto una tremenda marejada internacional. La opinión se había manifestado en contra de aquella decisión unilateral que venía a violar una vez más los acuerdos de Algeciras. La decisión española había sido vista con simpatías, especialmente por parte de los ingleses. Pero de pronto, la simple presencia de un buque de guerra alemán en un puerto marroquí vino a invertir espectacularmente la situación. El nuevo Primer Ministro británico, Lloyd George, hombre susceptible y siempre alerta a las intenciones germanas, saltó de un modo imprevisto y desorbitó las cosas. Al parecer, todo se debió a un mal entendido, pues los ingleses creyeron sin más que lo que significaba la presencia del "Panther" era el propósito alemán de establecer una base militar alemana en Agadir. Lloyd George protestó violentamente, exigiendo una inmediata retirada del buque alemán y amenazando con la intervención por la fuerza. La actitud inglesa pareció por un momento más radical y tajante que la francesa; luego, por supuesto, al sentir el respaldo de Londres, París habló también con dureza, y Alemania hubo de recoger velas.

¿Cuál era, en realidad, el propósito del kaiser?

Las "Memorias" de Bettmann-Hollweg y la documentación publicada con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, han dejado las cosas bien en claro. Alemania no veía la posibilidad ya a aquellas alturas, de granjearse la posesión de Marruecos; tampoco tenía el propósito de establecer en aquellas costas una base naval o militar. El envío de la modesta expedición a Agadir no tenía otro objeto que materializar la protesta alemana ante la violación del Tratado de Algeciras por parte de Francia, como ya, y en forma más contundente, lo habían hecho los españoles.

Alemania confiaba en que su acto se viese respaldado con el apoyo de la opinión pública internacional, y estaba en su propósito una típica maniobra diplomática: oponerse primero con la mayor firmeza a las pretensiones galas sobre Marruecos, para ceder más tarde a cambio de concesiones francesas en Africa occidental. De acuerdo con este plan, poco después de plantearse el incidente de Agadir, ofreció Bett-

mann-Hollweg el camino de las negociaciones diplomáticas bilaterales, que se celebraron, en efecto, aunque lo que en ellas consiguiesen los alemanes fuese mucho menos de lo que habían imaginado al principio. Comenzaron¹ reclamando, a cambio del abandono de Marruecos, todo el Congo francés, para acabar conformándose con un territorio de 275.000 kilómetros cuadrados entre el Congo y la ya posesión alemana de Camerún, aparte la libertad de navegación por el gran río centroafricano. Francia, por su parte, adquiriría pleno derecho al control político sobre Marruecos, incluida la formación de un régimen de protectorado. El mariscal Lyautey se dedicó a poner bajo dominio francés el vasto sultanato, de paso, más de la mitad de los territorios asignados en principio a España.

En noviembre de 1911 caducó la crisis de Agadir, infinitamente más grave que la de Tánger. Por espacio de varios meses, los ejércitos y las armadas de Europa habían permanecido en situación de alerta, se pronunciaron discursos violentos y se habían organizado manifestaciones patrióticas de claro signo belicista. Francia, gracias al apoyo de Gran Bretaña y al más lejano y sordo de Rusia e Italia, era la gran gananciosa, y se quedaba sola en el disfrute de Marruecos. Alemania, por el envío de un buque de tres mil toneladas a Agadir, quedaba como potencia agresora, y habría de replegarse casi sin compensaciones. Desde entonces, la idea fija del cerco hostil se consagró con más fuerza no ya en el lenguaje oficial, sino en la mentalidad teutónica, hasta el punto de que crecía —fomentada en parte por la prensa— la idea de que era preciso lanzarse a la aventura de romper por la fuerza aquel cerco, antes de que fuera demasiado tarde.

Por entonces publicó Friedrich von Bernhardi su libro "Deutschland und der nächste Krieg" —"Alemania y la próxima guerra—; su tesis era muy sencilla: o poder mundial, o decadencia.

La tensión hacia el Sureste

Los Balcanes y el Medio Oriente

En 1899, el kaiser Guillermo II visitó aparatosamente en Constantinopla al sultán Abdul Hamid II. Fue un viaje espectacular, como el que seis años más tarde iba a realizar a Tánger para visitar a otro sultán, el de Marruecos. De entonces data el interés

alemán por atraer la amistad de Turquía. Ciertamente que el enfermo de Europa —al que ya casi no le quedaban territorios en Europa— no podía ser un buen aliado; pero lo que el emperador alemán o su canciller buscaban no era un apoyo militar, sino un nuevo vector estratégico del más alto valor. Las buenas relaciones con Turquía podían dar salida a las aspiraciones germanas por la ruta del sureste hacia el Medio Oriente, al tiempo que cortaban otras dos importantes rutas: la británica hacia la India y la ruta hacia el Mediterráneo. Por otra parte, la alianza turca podría aportar, más que el valor de sus tropas, la extraordinaria situación del Imperio Otomano en el mapa geopolítico del mundo.

Resultado de aquel acercamiento fue la concesión del ferrocarril de Bagdad, en 1903. Los alemanes construirían la línea Konia-Bagdad-Basora, que pondría en comunicación Asia Menor con Mesopotamia y permitiría la fácil salida de Turquía —y de sus amigos— al golfo Pérsico, y, por consiguiente, al Indico. Fue una batalla ganada a las compañías británicas, que aspiraban al mismo objetivo. Desde entonces se robustecieron las relaciones políticas y económicas entre Berlín y Constantinopla.

La nueva coyuntura iba a conferir un tinte más violento y penetrante a la oposición austro-rusa en los Balcanes. Aquella oposición, como hemos visto, había quedado mitigada a partir de los acuerdos de 1897, gracias también a la tendencia rusa hacia el Extremo Oriente. Pero era de sospechar que, tras la derrota ante Japón, Rusia volvería hacia los senderos trillados de su política danubiana. En 1906 subieron a los Ministerios de Asuntos Extranjeros de Viena y San Petersburgo, respectivamente, Ahrental e Izvolski, dos hombres de política agresiva. El primero soñaba con extender la influencia austriaca —con ayuda alemana— hasta el Egeo, lograr la concesión del ferrocarril de Salónica y provocar un cambio político en Serbia, que desde el asesinato del rey Alejandro, en 1903, había visto la entronización de la rusófila y antigermánica familia de los Karageorgevich. Izvolki, por su parte, era contrario al mantenimiento de la política oriental, e insistía en la necesidad de volver a las constantes danubianas, el paneslavismo y la lucha por los Estrechos. También los rusos soñaban con otro ferrocarril, que se cruzaba con el proyecto austriaco: el del Adriático, a través de Serbia,

que representaría la desembocadura de los intereses rusos en el espacio mediterráneo.

- En estas condiciones, era de esperar el recrudecimiento de la tensión balcánica. Lo que la precipitó no fue, sin embargo, la presión austríaca sobre Servia, ni la lucha por las concesiones ferroviarias. En 1908, una revuelta organizada por jóvenes oficiales en Salónica deponía al sultán turco, Abdul Hamid II. Triunfaba al fin el movimiento renovador de los "Jóvenes Turcos", ya por entonces muy insertado en las filas del ejército. El programa de los revolucionarios era la occidentalización a ultranza, rompiendo con todas las tradiciones paralizantes que fuera preciso. Pero nos equivocáramos si pensásemos que occidentalización equivalía para los Jóvenes Turcos a occidentalismo. Se trataba únicamente —como en el caso de Japón, que desde su victoria de 1905 había aparecido como un ejemplo ante el mundo entero— de valerse de la técnica y de la experiencia de Occidente como medio de lograr la consecución de fines de alto grado nacionalista. El programa revolucionario incluía una evolución política hacia las normas democráticas, una remoción completa en las estructuras administrativas para hacerlas más ágiles, el desarrollo económico, un centralismo a ultranza y la "turquización" de los territorios habitados por minorías extrañas.

La revolución iba a cambiar —aunque de momento menos de lo que nadie esperaba— la faz de Turquía. Pero el desorden de los primeros momentos sería aprovechado por las potencias que cifraban su medro en la decadencia del Imperio Otomano, singularmente Austria y Rusia, para pescar en las aguas revueltas de la revolución. En septiembre de 1908, Ahrental e Izvolski se entrevistaban en el castillo de Buchlau para intercambiar sus puntos de vista ante el desarrollo de los acontecimientos. Lo que allí se trató no aparece claro, ni se hizo constar por escrito, pero parece evidente que ambas partes confesaron sus respectivas ambiciones: Austria, la de aprovecharse de la situación para incorporar definitivamente los territorios de Bosnia-Herzegovina —confiados a su administración, pero dependientes aún, nominalmente, de la soberanía del sultán— y Rusia la de conseguir al fin su viejo sueño de neutralización de los Estrechos a efectos de la navegación por ellos de sus buques de guerra. Hubo acuerdo sobre ambos extremos, aunque sin con-

cretar nada más. Luego, Izvolski emprendió una gira por distintas capitales europeas para tantee en las respectivas cancillerías la actitud hacia la política rusa de los Estrechos.

El 5 de octubre de 1908 se enteró por los periódicos que Austria se había anexionado oficialmente Bosnia-Herzegovina.

La crisis que siguió fue tanto más desordenada cuanto que las versiones que se dieron sobre lo tratado en Buchlau eran contradictorias. Era evidente que Rusia sólo estaba dispuesta a dar por buena la pretensión austríaca, en tanto ella consiguiera la suya, mucho más difícil de ver lograda, desde luego. La indignación de Nicolás II, de su ministro Stolypin y del propio Izvolski no tuvo límites. Rusia se sentía burlada por Austria, y estrechó inmediatamente sus lazos con Servia, donde se extremó la ya violenta posición antiaustríaca.

La tensión austro-rusa adquirió en pocos días caracteres de gravedad, y oblió por todas partes a hacer preparativos de guerra. Las alianzas respondieron, a pesar de la esperanza de Bülow de que el asunto de los Estrechos apartaría a Gran Bretaña de Rusia. Alemania, aun cuando el canciller estaba convencido de que Ahrental había cometido un disparate, comprendió la necesidad de no dejar en la estacada al único aliado seguro de que disponía, y apoyó con firmeza a Austria. Su postura era tanto más desagradable cuanto que significaba el despojo de su nueva aliada, Turquía. Pero la férrea conservación del "eie Berlín-Viena", la por entonces llamada "fidelidad de los nibelungos", era un dogma esencial de la política germana.

Aquella firmeza fue decisiva. Rusia, maltrata aún, no quiso enfrentar al coloso alemán. Inglaterra le prometió su apoyo, pero diplomático, lo cual significaba el deseo de esauivar un riesgo más grave. Francia, dirigida ya entonces por el antialemán Clemenceau, hizo, sin embargo, ver a San Petersburgo que no estaban en juego intereses vitales rusos, lo que equivalía a declarar también que se desentendía de la cuestión. Bosnia no valía una guerra. En suma, la firmeza alemana apoyando a Austria, había amansado a la Triple Entente.

"El grupo de potencias que tan fuerte se había querido presentar en Algeciras se había reducido a polvo al estrellarse contra los problemas concretos de la política con-

tinental", declaró el canciller alemán von Bülow. Pero se engañaba; la Entente vivía, a pesar de todo, e iría fortaleciendo sus posiciones. El paneslavismo cobraría en adelante un sentido militante y agresivo, que no pararía hasta los sucesos de 1914. Austria no podría ya quitarse el sambenito de potencia agresora de pueblos indefensos. Rusia quedaría definitivamente enfrentada no ya a Austria, sino a su valedora Alemania.

"Si esto se hubiera producido dentro de tres o cuatro años —dijo Izvolski al embajador inglés— Rusia hubiera contestado de otra forma", como contestaría, efectivamente, después del incidente de Sarajevo. La más conforme con el desenlace de los acontecimientos fue, paradójicamente, Turquía; Austria le concedió una indemnización de dos y medio millones de libras esterlinas, con las que la "Sublime Puerta" se declaró de acuerdo con la segregación de Bosnia, que de hecho ya no era suya desde 1878.

Las aguas volvieron a su cauce en 1909; el agresivo von Bülow fue sustituido en la cancillería alemana por el diplomático Bettmann-Hollweg, y todo pareció quedar tranquilo. "Es el terrible silencio que precede a la tormenta", sentenció en julio de 1900 el viejo ex-ministro británico lord Rosebery.

Guerra Italo-Turca

Guerras Balcánicas

La crisis de Bosnia no fue más que un pasajero retraso en el proceso de acercamiento entre Alemania y Turquía. Los ofrecimientos de Guillermo II, de proveer de armas modernas e instruir militarmente al ejército turco, fueron bien recibidas en Constantinople, donde el cambio de régimen no había hecho sino cambiar y aumentar los deseos de una modernización a ultranza. La ayuda alemana a Turquía fue recibida a tiempo, porque la "Sublime Puerta" iba a pasar por una serie de pruebas que comprometerían gravemente su presencia en Europa.

Primero fue Italia la que decidió intervenir. Escogió el otoño de 1911, en el que los franceses, con el consenso de Alemania, formalizaron la ocupación de Marruecos: era el ejemplo que invitaba al gobierno de Roma a hacer otro tanto con Libia, que ya le había sido reconocida, como hemos visto, por los franceses. La crisis balcánica proporcionaba otra coyuntura de la que Italia

no dejaría de aprovecharse. Reclamó sin más el territorio de Libia a los turcos y, al no obtener respuesta, declaró la guerra a Constantinople el 29 de septiembre de 1911, con la complacencia de la Triple Entente y el disgusto de las potencias centrales, que ya no podían frenar el impulso unilateral de su aliada, ni tampoco oponerse a ella sin riesgo de perderla. Italia, pues, pudo hacer cómodamente la guerra a Turquía, si bien su victoria no fue tan fácil como imaginaba. Turcos y árabes se defendieron valerosamente en Trípoli, e hicieron fracasar una serie de ataques italianos, en los que se demostró su falta de preparación militar.

En cambio, Italia logró apoderarse de varias islas del Mar Egeo, con lo que hizo temer a las grandes potencias que la aún indecisa guerra podría aproximarse a los Estrechos; era una eventualidad que no convenía ni a Alemania ni a Inglaterra, y por ello no fue difícil el acuerdo internacional que obligaba a los contendientes a hacer la paz. Fue la Paz de Ouchy, octubre de 1912, después de un año de casi inútiles forcejeos bélicos. Alemania convenció a Turquía de la procedencia de entregar Trípoli, a cambio de una indemnización en metálico. Italia lograba así su aspirada posesión africana, si bien su capacidad militar no había quedado del todo consagrada en la lucha.

Turquía sufría un despojo más.

A los dos días de firmada la Paz de Ouchy —el 17 de octubre de 1912— los reinos balcánicos. Grecia, Bulgaria, Servia y Montenegro, declaraban la guerra a Turquía. No carecían de ciertas razones, por cuanto la política de los "Jóvenes Turcos", imbuida de un nacionalismo irreflexivo, tendía a humillar a los grupos de población no otomanos. Ya se habían registrado violencias en Macedonia, y fue en defensa de los habitantes de aquella región por lo que los atacantes afirmaron haber tomado las armas; se trataba, como a nadie podía ocultársele, de un intento de aprovecharse de la debilidad turca, al estilo de lo que acababa de hacer Italia. Unos años más, y tal vez la ayuda de los alemanes a Constantinople hubiera hecho imposibles todas las apetencias de las otras potencias.

Así comenzaron las complicadas guerras balcánicas de 1912-1913, que según muchos comentaristas no constituyen sino el primer capítulo de la guerra mundial, si bien molestaron, en general, a las potencias obli-

gadas a entrometerse en el fastidioso avispero. Dejar que los pueblos balcánicos arreglaran sus cuentas libremente entre sí era, desde luego, un recurso cómodo, pero peligroso para todos.

Alemania no podía ver con gusto cómo se arrojaba de Europa a su nueva aliada. Gran Bretaña y Rusia tenían la vista puesta en la región de los Estrechos. Austria no podía permitir el engrandecimiento de Serbia. Para Italia era un peligro que una nueva potencia sureslava ganase la costa del Adriático. En suma, por incómodo que resultase, no había más remedio que prestar atención a lo que, una vez más, ocurría en los Balcanes.

El efecto de sorpresa fue fulminante. Turquía estaba demasiado agotada por su crisis interna y por la guerra de Italia para poder resistir en buenas condiciones. Los primeros días de la campaña proporcionaron victorias espectaculares a los aliados. El 23 de octubre, los serbios, que habían penetrado en Macedonia, rompieron la defensa turca en Kumanovo; al día siguiente, los búlgaros vencían en Kirkliste, y poco después, el 3 de noviembre, los griegos cumplían un viejo sueño al apoderarse de Salónica. El avance serbio, que profundizó primero hacia el sur, giró luego hacia el oeste, con el objeto de alcanzar el Adriático y abrirse un pasillo al mar por la parte de Albania, con la consiguiente alarma de los italianos. Pero más alarmante estaba siendo todavía el avance búlgaro. Bulgaria, la "Prusia de los Balcanes", era una pequeña potencia militarista, bien adiestrada y con alta moral de combate; por cierto que fue el primer país que por aquellos días empleó la aviación como arma militar. Tras la victoria de Kirkliste los búlgaros volvieron a aplastar a sus enemigos en Lule Burgas, cercaron Andrinópolis y se acercaron peligrosamente a Constantinopla. Nicolás II imaginó al rey Fernando coronándose solemnemente en la restaurada basílica de Santa Sofía, el sueño ruso de siglos y siglos. ¿Permitiría Rusia aquella afrenta y dejaría Alemania humillarse a Turquía? La alarma quedó paliada al saberse que los turcos habían conseguido detener a sus enemigos en la "línea de Chatalcha", contra la que el ejército búlgaro se estrella una y otra vez.

Pero ya las potencias estaban de acuerdo en que era preciso detener la marcha de la guerra. El 3 de diciembre se logró el armis-

ticio, y al fin, después de nuevos incidentes y rupturas de la tregua, se firmaron los preliminares en Londres el 30 de mayo de 1913. Era el despojo casi completo de la Turquía europea, única prenda posible de paz. Grecia recibía definitivamente la isla de Creta y el sur de Macedonia, con Salónica; el norte de aquella región sería para Serbia, que seguía sin disfrutar de una clara salida al mar. Bulgaria se quedaría con Tracia y un trozo de la costa del Egeo. Era, en realidad, la gran gananciosa, y su situación despertaba los celos de Rusia y más aún de sus propios aliados balcánicos. La "Paz de Londres" venía a resucitar la "Gran Bulgaria de San Estéfano", pero esta vez sin el visto bueno de San Petersburgo.

Por eso no iba a terminar allí la pesadilla de los Balcanes.

Apenas firmada la paz, serbios y griegos se alían contra su aliado de la víspera, y Bulgaria, adelantándose a los acontecimientos, les declara la guerra el 26 de junio de 1913.

"Los Estados balcánicos se deshicieron del control de las grandes potencias que, como niñeras, tenían que perseguir a sus educandos, mientras éstos se pegaban y arañaban hasta hacerse sangre" (J. de Satis).

Esta vez Bulgaria no fue capaz de imponer su buena preparación militar, pues a la enemiga de los serbios y griegos se unió la de rumanos y turcos, aquéllos deseosos de completar la ocupación de la Dobrudja, éstos viendo una buena ocasión de tomarse el desquite y recuperar Andrinópolis. Austria estaba dispuesta a ayudar a Bulgaria y evitar a toda costa que los serbios se quedaran con Monastir, pero sus aliados de la Triple, Alemania e Italia, la convencieron para que renunciara a meterse en el avispero. Bulgaria, viéndose así desasistida de toda ayuda, y cediendo terreno en todas partes, pidió mediación a Carol de Rumania, y en Bucarest se celebró la conferencia de paz en agosto de 1913, en la que el botín balcánico fue una vez más repartido.

Grecia adquirió la parte de Tracia, de la que antes se habían apoderado los búlgaros; Serbia ampliaba su base por Macedonia; Rumania se quedaba con la Dobrudja del sur y Slistria, en tanto que los turcos volvían a ser dueños de Andrinópolis y Kirkliste. Bulgaria perdía la mayor parte de sus conquistas y solo conservaba una zona de Macedonia oriental. Su engrandecimiento no pasaba de 400.000 habitantes, en tan-

to que Servia los veía aumentados en 1.200.000 y Grecia en 1.600.000.

La humillación de Bulgaria la echo en manos de los imperios centrales, inscribiéndola en el ámbito de la Triple Alianza. El brazo de Alemania, tendido hacia el sureste, contaba as con una serie de puntos de apoyo en Viena, Bucarest —pues Rumania formaba parte también de la Triple—Sofa y Constantinopla, brazo que el famoso ferrocarril alemán prolongaba hasta Bagdad. Pero no por eso ve a rebustecer su situación. El afán de Austria de impedir el engrandecimiento de Servia no había sido logrado, y el movimiento paneslavista, apoyado cada vez más sólidamente por Rusia, crecía como la constante más firme de toda la complicadísima efervescencia balcánica. Con ello, la tensión germano-eslava se había abocado, ahora en forma definitiva, a un callejón sin salida.

Los incidentes concretos que conducen a la Primera Guerra Mundial se alternan en el foco suroeste y en el sureste, por más que aquí hayamos tenido que estudiarlos por separado, en orden a la claridad. Los cortes históricos hubieran producido la falsa impresión de que una línea de tensión quedaba interrumpida para dejar que operase la otra, cuando lo fundamental en ambas es precisamente la continuidad:

Crisis de Tánger, 1905-1906; crisis de Bosnia, 1908-1909; crisis de Agadir, 1911; crisis balcánica general, 1912-1913.

Demasiadas crisis para que la paz mundial pudiera mantenerse indefinidamente. Cada problema dejaba más enredada la madeja de las relaciones internacionales, aumentaba los celos y las prevenciones. A fines de 1913, pese a las albricias de Sa Paz de Bucarest, el panorama general no podía ser más sombrío.

"La paz está a merced de cualquier accidente", dijo un diplomático belga, el barón de Bayens.

El accidente se produjo en Sarajevo el 28 de junio de 1914.

Bibliografía:

Craig, Gordon A.— "The Politics of the Prussian Army, 1640-1945". Oxford University Press, USA. 1972.

Liddell-Hart, Basil.— "The Real War, 1914-1918" Atlantic Little Brown, USA. 1964.

Liddell-Hart, Basil.— "History of the First World War". Cassell & Co. Ltd., London - 1970.

Pabón, Jesús - De Sosa, Luis • Comellas, Jose Luis.— "Historia General Contemporánea". Editorial Labor S.A., Madrid - 1970.

Remak, Joachim.— "The Origins of World War I, 1871-1914". Holt, Rinehart & Winston Inc., USA. 1967.

Solzhenitsin, Alexandr.— "Agosto 1914". Monte Avila Editores, Caracas - 1972.

Sposito, Vincent J.— "Breve Historia de la Primera Guerra Mundial". Editorial Diana S.A., México - 1964.

Thomson, David.— "World History, 1914-1968". Oxford University Press, London - 1969.

Tuchman, Barbara.— "Los Cañones de Agosto", Editorial Bruguera, Madrid - 1963.

Tuchman, Barbara.— "La Torre del Orgullo". Editorial Bruguera, Madrid - 1963.

Wilson, Lawrence.— "Kaiser Guillermo II". Ediciones Grijalbo, Barcelona - 1967.

Williamson, Samuel R.— "The Politics of Grand Strategy. Britain and France prepare for War, 1904 - 1914".

